

DE LAS FIESTAS JUDÍAS A LAS FIESTAS CRISTIANAS

A.-PRELIMINARES

FIESTAS-JUDIAS: Podemos elegir entre dos métodos de exposición. O bien considerar todas las fiestas de un determinado periodo, analizando su contenido y doctrina, para pasar después a otros períodos al tiempo que se registran sus nuevas características. O bien considerar una sola fiesta, siguiendo su evolución hasta el final, para pasar después a otra fiesta, examinarla del mismo modo y no sacar conclusiones de conjunto hasta terminar tales análisis. Nosotros preferimos el segundo procedimiento. Es, en efecto, más fácil seguir el desarrollo de una fiesta que analizar un período determinado. Las fiestas no han evolucionado todas al mismo tiempo, y un período tal vez notable para la espiritualización de una fiesta puede resultar bastante retrasado en el significado de otra. El método que vamos a emplear es, desde luego, más analítico, pero creemos que proporcionará resultados más concretos y conclusiones más sólidas.

Un primer dato que debemos subrayar a propósito de las fiestas litúrgicas judías es la extraordinaria fidelidad de Israel a los ritos y a las fiestas humanas, con excepción de las fiestas típicamente idolátricas. Veremos cómo la religión judía se va catalizando en torno a unas fiestas recibidas del medio ambiente, sin añadir otras, a no ser en la última época de su existencia (fiesta de la dedicación, de los "purim", etc.). En otros términos, la religión revelada no siente la necesidad de crear nuevos ritos o nuevas fiestas; se contenta con asumir, purificar y espiritualizar progresivamente las fiestas ya existentes en el plano humano. Esto habla en favor del nexo de continuidad que se da entre la fiesta humana y la cristiana, por más que exista una total originalidad de contenido: lo sobrenatural y revelado no rompen con lo natural, sino que se inscriben en una misteriosa continuidad hecha de superación y, por tanto, de fidelidad.

El segundo dato que retendrá nuestra atención es el riguroso proceso de selección a que son sometidas las fiestas humanas en la liturgia judía: para que una de esas fiestas llegue hasta nosotros, será necesario que logre superar la prueba de una serie de "tests" cada vez más exigentes. ¿Será capaz de expresar la experiencia nómada? ¿Será luego capaz de llevar sobre sí el significado histórico de la salvación de Dios? ¿Podrá, de algún modo, hacer presente esa salvación, al menos en sus exigencias morales? ¿Será susceptible de contener la esperanza del pueblo en la renovación escatológica de la salvación? ¿Podrá, finalmente, definir la persona misma de Cristo, cumplimiento de la salvación mediante la actitud de espíritu que El adopta ante la voluntad del Padre?

Nuestras fiestas cristianas han pasado con éxito por esta serie de purificaciones. Y sería necesario que también nuestra actitud de espíritu pasara por tales purificaciones para situarse al nivel de las fiestas y alcanzar así su nuevo objetivo.

De la mano de estos hilos conductores, podremos seguir paso a paso la evolución de las fiestas litúrgicas judías hasta su completo desarrollo cristiano.

B.-LAS NEOMENIAS

1. EL DATO PAGANO

Es indudable que el calendario judío primitivo tomó sin más las neomenias de Sumer.

No poseemos muchas referencias acerca de esta costumbre, y son pocos los textos que nos ofrecen una teología de dichas fiestas; no obstante, podemos aprender bastante en los documentos de que disponemos.

El texto más antiguo sobre la cuestión sitúa el episodio de la huida de David -cuando se hallaba en la corte de Salomón- en el contexto de una neomenia. He aquí los detalles más expresivos:

... Jonatán dijo a David: "¿Qué quieres que haga por ti?" David respondió a Jonatán: "Mañana es el novilunio, y yo tendría que comer con el rey, pero, tú me dejarás partir y yo me esconderé en el campo hasta la tarde. Si tu padre nota mi ausencia, le dirás: 'David me pidió insistentemente permiso para llegarse a Belén, su ciudad, porque allí se celebra el sacrificio anual por todo el clan. Si te dice: 'Está bien', tu siervo se encuentra a salvo; pero, si se enfada, es que ha decidido mi pérdida'... David se escondió en el campo. Llegado el novilunio, el rey celebró el convite. Se sentó en el lugar de costumbre, frente a la pared, y Jonatán se puso enfrente; Abner se sentó al lado de Saúl, y el puesto de David quedó vacío.

Sin embargo, Saúl no dijo nada aquel día; pensó: "No estará puro".

Al día siguiente del novilunio, el segundo día, continuó vacío el puesto de David, y Saúl dijo a su hijo Jonatán: "¿Por qué el hijo de Isaí no ha venido a comer, ni ayer ni hoy?" Jonatán respondió a Saúl: "David me pidió insistentemente permiso para ir a Belén. Me dijo: 'Déjame ir, por favor, porque tenemos un sacrificio de clan en la ciudad, y mis hermanos me han pedido que vaya...' (1 Sm., 20, 1-29).

En este texto podemos señalar varios indicios. La celebración del novilunio está dominada por dos ritos esenciales: una comida que se repite dos días seguidos y supone cierto ceremonial -a juzgar por los puestos reservados a los comensales-, a la vez que exige un estado de pureza legal, lo cual explica a los ojos de Saúl

la ausencia de David el primer día. Y la ofrenda de un sacrificio clánico, al cual se dice que ha asistido David. La comida a que se alude es probablemente un banquete de comunión con Dios, celebrado quizá en su templo. El ceremonial no ha debido de cambiar mucho desde la época pagana, fuera de que ahora se celebra "en honor de Yahvé" en lugar de realizarse en comunión con el misterio hierogámico. Esta purificación de los elementos por parte del monoteísmo es ya importante, pero la estructura de la ceremonia ha permanecido pagana, y es fácil imaginar que, a pesar de la pureza ritual exigida para tomar parte en tales banquetes, éstos terminaban con frecuencia en excesos totalmente ajenos a la religión. Excesos que son la única nota característica reflejada en los textos proféticos sobre las neomenias, unánimes en condenar las exageraciones y el formalismo. Recordemos algunas invectivas características de los profetas del siglo VIII:

Cuando venís a presentaros ante mí, ¿quién os invitó a hollar mis atrios?

Dejad de traer ofrendas inútiles: ¡su humo me asquea!

Novilunios, sábados, asambleas... no resisto más fiestas ni solemnidades.

Vuestros novilunios y peregrinaciones los detesto con toda mi alma. son un peso para mi y estoy harto de soportarlos.

... Quitad vuestra maldad de mi vista,

¡Dejad de hacer el mal!

... Si os decidís a obedecer, comeréis los frutos de la tierra.

Si os obstináis en la rebelión, seréis devorados por la espada. Is., 1, 12-20

Resulta de este texto que el novilunio, entre otras ocasiones, es un día en que se "hallan los atrios del templo" para ofrecer sacrificios. El profeta propone una espiritualización: que el sacrificio sea la señal de una conversión del corazón. Fijémonos en el último versículo, que alude al objeto pagano de la fiesta: la neomenia se celebraba para asegurarse el desarrollo normal del ritmo de las estaciones y la fecundidad de las tierras y de las cosechas (... comeréis los frutos de la tierra). Este ritmo dependerá ahora de la conversión del corazón.

El profeta Amós presenta una invectiva semejante al describir la impaciencia de los ladrones porque termine el descanso de la neomenia, para poder ellos reanudar sus fraudulentas actividades:

Los que decís: "¿Cuándo pasará el novilunio, para que podamos vender nuestro trigo, y el sábado, para que abramos el granero?" Am 8, 5.

Tanto en este pasaje como en el anterior, se ve el nexo ideológico entre las neomenias y los frutos de la tierra: las neomenias deberían ser el día de acción de gracias a Dios por el ritmo de la naturaleza. Pero el hombre se muestra tan preocupado por aprovechar ese ritmo que se olvida de dar gracias.

El profeta Oseas es realmente expresivo:

No quiso reconocer que era yo quien le daba el trigo, el mosto y el aceite, quien le regalaba esa plata y ese oro con que ha construido Baales.

Por eso, recuperaré mi trigo a su tiempo y mi mosto a su sazón...Haré cesar todas sus diversiones, sus fiestas, sus neomenias, sus sábados, todas sus solemnidades. Os., 2, 10-13.

Es interesante subrayar que en Oseas, lo mismo que en Isaías, la sanción que Dios impone contra la celebración formalista de las neomenias consiste fundamentalmente en la ruptura del ritmo normal de las cosechas:

"Recuperaré mi trigo a su tiempo ... si os decidís a obedecer, comeréis los frutos de la tierra". Esto parece indicar que, todavía poco antes del destierro, las neomenias celebraban el ritmo regular de la naturaleza, asegurado por el curso regular de la luna; celebraban el perfecto acuerdo del hombre con los elementos del mundo. Pero es necesario, advierten los profetas, que ese acuerdo exista también entre la voluntad obediente del hombre y la voluntad de Dios.

2. NEOMENIAS Y NUEVA CREACIÓN

Las neomenias judías, como las neomenias paganas, vienen a ser una especie de celebración del orden de la creación y de su regularidad. Pero el período de fracaso del destierro manifestará el semifracaso de ese orden de la creación: el hombre, con su corazón de piedra, no es la imagen ideal de Dios; será necesario que Dios recree un hombre nuevo y le ponga un corazón de carne.

El pecado del hombre llega a viciar el proceso de las leyes de la naturaleza. Y así tendrá lugar una nueva creación:

Crearé unos cielos nuevos y una tierra nueva, y ya no se recordará lo pasado, no volverá a la memoria.

Haya goza eterno y eterna alegría por lo que voy a crear... Is., 65, 17-18.

Lógico consigo mismo, el Tercer Isaías, después de anunciar la nueva creación, debe anunciar también un nuevo tipo de neomenias que celebren mensualmente esa nueva creación:

Porque, así como los nuevos cielos y la nueva tierra que voy a crear subsistirán ante mí, oráculo de Yahvé, así subsistirán vuestra raza y vuestro nombre. De novilunio en novilunio y de sábado en sábado, toda carne vendrá a prosternarse ante mi rostro, oráculo de Yahvé. Is., 66, 22-23.

La nueva creación se caracterizará por una constante obediencia de los corazones al plan de Dios y no ya por la simple obediencia de los elementos exteriores a la providencia divina. Las neomenias serán, por tanto, las señales de la sumisión del pueblo a la alianza y los momentos de renovación de esa alianza. En este sentido, podemos decir que el Tercer Isaías corona el movimiento de espiritualización moralizadora fomentado por los profetas

Isaías, Amós y Oseas. Tal modificación de perspectivas explica quizá que en lo sucesivo los textos asocien los novilunios a los sábados, siendo unos y otros señales de la alianza que fundamenta la nueva creación. Los textos legislativos del periodo postexílico muestran cierto interés por situar las neomenias en esta nueva línea, si bien son bastante avaros en cuestión de detalles. Ezequiel, en su thora, precisa que los días de novilunio se hará una excepción a la ley de preservación de lo sagrado, abriendo una puerta en honor del Príncipe, a través de la cual -pero guardándose de franquearla- podrá el pueblo ver lo que se hace en el Templo y prosternarse ante Yahvé (Ez., 46, 1-7). Esto es, sin duda, todo lo que queda del antiguo banquete sagrado que el rey y sus invitados celebraban en el Templo con ocasión de los novilunios. Prescripción que pasará luego a la ley sacerdotal:

Al comienzo de vuestros meses, ofreceréis un holocausto a Yahvé... Es holocausto ofrecido en aroma de suavidad, manjar consumido por Yahvé... . Ese será, mes tras mes, el holocausto mensual para todos los meses del año. Nm., 28, 11-15.

Así, pues, a pesar de los abusos que habían bastardeado la celebración de las neomenias antes del destierro, los profetas no se decidieron a condenarlas. Por el contrario, procuraron salvarlas espiritualizándolas y transformándolas en fiestas de la nueva creación en la fidelidad a la voluntad de Dios y la alianza. De ahí que Nehemías no dude en incluir las neomenias en el calendario festivo de la nueva comunidad de Jerusalén (Neh., 10, 33-34). Pero no hay que admitir sin más que tales fiestas se mantuvieran, dentro del nuevo plan espiritual, en el espíritu del pueblo.

Ya hablaremos más adelante de cómo, después del destierro, se estableció un calendario perpetuo de tipo solar que ejerció notable influencia en las etapas de la evolución de las fiestas judías. No sería imposible que ese calendario hubiera tenido por efecto relegar a la sombra las neomenias del calendario lunar. Y así, ya antes de Cristo, una determinada corriente de espiritualidad habría rechazado algunas fiestas que, por hallarse demasiado directamente ligadas al plano astronómico, no eran capaces de tomar parte en la evolución de las demás fiestas del calendario.

3. LIBERADOS DE LOS ELEMENTOS DEL MUNDO

Resumiendo la doctrina del Antiguo Testamento sobre las neomenias, podríamos decir que las consideró en un principio como un nexo entre el hombre y el ritmo regular del orden de la creación.

Las neomenias, podríamos precisar, son para el Antiguo Testamento las fiestas de la alianza noáquica (Gn., 9, 11). El pueblo judío no tuvo gran inconveniente en celebrar esas fiestas a la manera de los paganos; sin embargo, procuró espiritualizarlas progresivamente, primero por su afán de incorporarlas a un culto exclusivamente monoteísta, después por un deseo de sinceridad moral al tomar parte en las fiestas y, finalmente, por un propósito de convertir las neomenias en señales de la nueva creación en los corazones y las voluntades.

No obstante, cuando esta nueva creación se haya puesto realmente en marcha, en el Nuevo Testamento, ya no se podrá hablar de neomenias. Dos textos clarísimos de San Pablo las declaran abrogadas; vale la pena que nos detengamos en su argumentación:

Mientras el heredero es un niño..., permanece bajo el régimen de tutores y curadores hasta la fecha señalada por el padre. También nosotros, durante nuestra infancia, estuvimos sometidos a los elementos del mundo. Pero, cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley, para conferirnos la adopción filial... De manera que ya no eres esclavo, sino hijo; hijo y, por tanto, heredero por la gracia de Dios... Y ahora que habéis conocido a Dios, o mejor, que Dios os ha conocido, ¿cómo volver todavía a esas elementos sin fuerza ni valor, a los cuales de nuevo, como antaño, queréis sujetaros? ¡Observar días, meses, estaciones, años! Temo haberme fatigado inútilmente por vosotros. Ga., 4, 1-11

Por tanto, según Pablo, mientras el hombre estaba sometido a los "elementos del mundo" que son los astros -entiéndase: mientras pertenecía al orden de la creación natural-, podía "observar los meses" (es decir, las neomenias). Pero se ha producido un cambio ontológico: el hombre ya no es simplemente un hombre, sino que se ha convertido en un nuevo ser, en hijo de Dios, perteneciente a una nueva esfera de la creación que escapa a las leyes y a los elementos de la creación antigua. Volver a la práctica de las neomenias, sobre todo en un mundo pagano que no ha sido tocado por la espiritualización de las fiestas en Israel, equivaldría a negar el cambio operado en nosotros a partir de Cristo; equivaldría a tratar con los esclavos cuando se ha pasado a ser hijo de una ilustre familia.

Una argumentación semejante aparece en otra carta de San Pablo:

Por tanto (porque Cristo ha venido a ser cabeza de los hombres y también de los ángeles que controlan los astros), que nadie se atreva a criticaros por cuestiones de alimento o bebida, o en materia de fiestas anuales, de novilunios o de sábados. Todo eso no era sino sombra de las cosas futuras, pero la realidad es el cuerpo de Cristo. Que nadie venga a privaros de él, complaciéndose en humildes prácticas ... ; este tal no está unido a la Cabeza, de la que todo el cuerpo recibe alimento y cohesión, por las coyunturas y los ligamentos, para hacer realidad el crecimiento en Dios. Col., 2, 16-20.

No es ya el "crecimiento" de la luna lo que hemos de celebrar, sino el "crecimiento" del Cuerpo de Cristo, que

recibe de su Cabeza alimento y cohesión. Y Pablo concluye admirablemente:

Una vez que habéis muerto con Cristo a los elementos del mundo, ¿por qué os dejáis someter, como si vivierais todavía en este mundo?

El tema de la libertad cristiana forma el substrato del pensamiento de San Pablo: Cristo nos ha librado del pecado, pero también de la ley y de los elementos del mundo; y así las neomenias, que pudieron ser la celebración del ritmo regular de esos elementos del mundo, que pudieron ser incluso expresión de la esperanza en una nueva creación, se muestran absolutamente incapaces de significar esa libertad, puesto que suponen nuestra esclavitud a los elementos del mundo, al cual ya no pertenecemos totalmente.

Asistimos, pues, a una "espiritualización selectiva", como, hemos dicho antes: algunas fiestas pudieron seguir durante algún tiempo ese proceso de espiritualización y adaptarse a sus exigencias, pero llega un momento en que se demuestran incapaces de cambiar el contenido de su significado; entonces no tienen más remedio que desaparecer. Una ley fundamental de la constitución de la nueva liturgia cristiana será la de tomar del orden de la creación sus fiestas y ritos, pero precisamente en la medida en que se muestran capaces de expresar nuestra libertad con respecto a esa creación.

Una fiesta de la creación que no sea capaz de expresar también la nueva creación en la libertad de los hijos de Dios no tiene cabida en la liturgia cristiana. Lo que hemos de celebrar no es el crecimiento de los elementos naturales, sino el crecimiento del Hijo de Dios en nosotros, en la persona de Cristo.

C.-EL AÑO-NUEVO

El Año Nuevo no es sino una neomenia más solemne que las otras. ¿Logrará entonces subsistir cuando las demás han fracasado, o bien podrán sus características ser asumidas en el orden nuevo hasta el punto de subsistir en él con otro significado? A esta pregunta procuraremos responder en el presente párrafo. Pero advirtamos de antemano que, ya en el mundo pagano, la fiesta del Año Nuevo se fusionó con la fiesta de la recolección en el séptimo mes. De ahí que algunos elementos de estas fiestas aparezcan adheridos ora a la fiesta del Año Nuevo ora a la de la Recolección. Por tanto, la selección que hagamos aquí de los elementos del Año Nuevo no será necesariamente exhaustiva. El lector hallará los complementos oportunos en el párrafo siguiente. De momento, nos limitaremos a los elementos característicos del primer día del séptimo mes. Estos elementos aparecen en dos importantes pasajes del Antiguo Testamento: Nm., 29, 1-6 y Lv., 23, 23-25. Téngase en cuenta que se trata de dos textos muy tardíos: su composición definitiva es posterior al destierro, sea cual fuere el material anterior que elaboraron. El hecho es que algunos historiadores serios formulan la hipótesis de que el Año Nuevo no existió como entidad autónoma hasta después del destierro. Hasta entonces habría estado englobado de manera general en "la" fiesta del séptimo mes, de la cual hablaremos en el párrafo siguiente. Tarea de los sacerdotes habrá sido destacar la fisonomía propia de cada uno de los ritos, repartiendo mejor sus tiempos y significados. Sería, por tanto, fruto de la reforma sacerdotal la división de la antigua fiesta de la recolección en tres momentos distintos: fiesta de las aclamaciones o del Año Nuevo, el primer día; fiesta de la expiación, el décimo; fiesta de los Tabernáculos, del decimoquinto al vigésimo segundo.

1. EL DÍA DEL CLAMOR

La Biblia y la Mishna están de acuerdo en presentar el primer día del séptimo mes como el día "de las aclamaciones", o "de los clamores", o de las "trompetas". Sería de desear que las versiones bíblicas presentaran un vocabulario en armonía para dar cuenta de este día. Parece ser que, primitivamente, se trataba de un toque de trompeta (teru'a). Estos instrumentos anunciaban la aparición de la luna nueva a todos los habitantes de la ciudad, para que nadie se equivocara en calendario o cómputo. Por lo demás, el uso de trompetas era habitual en todas las fiestas litúrgicas (cfr. Nm., 10, 10), pero en el momento de comenzar el año nuevo tomaba un significado mucho más importante. Los medios experimentales de que por entonces se disponía para medir el tiempo estaban sujetos a probable errores. El Talmud consagra todo un tratado a los medios de descubrir la aparición de la luna nueva y de ir a comunicarlo a los ancianos o a los sacerdotes, para que ellos tomen sobre sí la responsabilidad de tocar las trompetas.

Tan pronto como oían el toque de trompeta, los judíos se entregaban a innumerables clamores para recibir un poco ruidosamente al nuevo año. Por los "clamores" que caracterizan esta fiesta en algunas versiones bíblicas hay que entender a la vez los toques de trompeta y las aclamaciones de la muchedumbre.

En el punto de partida, aparece un rito totalmente humano para designar el tiempo y comunicarlo oficialmente a los ciudadanos en forma acústica. Los textos sacerdotales se sitúan claramente en esta línea:

El séptimo mes, el primer día del mes, tendréis una asamblea santa; no haréis obra servil alguna. Este será para vosotros el día de los clamores. Nm., 29, 1.

El séptimo mes, el primer día del mes, tendréis día de descanso, anuncio con clamor, asamblea santa. No haréis obra servil alguna y ofreceréis un sacrificio a Yahvé. Lv., 23, 23-24.

No podemos, sin embargo, limitar el significado religioso del día de los clamores al simple aspecto de proclamación oficial de una etapa nueva en el tiempo. La teru'a tiene en Israel un sentido muy concreto, que hemos de tener en cuenta.

La teru'a, en efecto, fue primitivamente el fuerte clamor, como el fragor del trueno, que acompañaba al arca de Yahvé-guerrero en sus victorias: grito de guerra característico de los hebreos, que llega a sacudir los muros de Jericó (tal es su fuerza) (Jos., 6, 5-21; 7, 16-22). De clamor guerrero, la teru'a pasó a ser también clamor religioso dirigido al arca de la alianza como sede de Yahvé-Rey (1 Sm., 17, 20; 4, 5-8; 2 Sm., 6, 15; Nm., 23, 21). Varios salmos aluden a esta aclamación litúrgica que acompaña a las procesiones de entronización de Yahvé:

Pueblos todos, batid palmas, aclamad a Dios con voces de júbilo.

Porque Yahvé, el Altísimo, es temible, gran Rey de toda la tierra.

... Dios sube entre clamores, Yahvé entre toques de trompeta: tocad por nuestro Dios, tocad; tocad por nuestro rey, tocad. Sal., 47, 1-7.

Gritad de júbilo por Dios, nuestra fuerza; aclamad al Dios de Jacob.

Iniciad el concierto, tocad el címbalo, la dulce arpa y la lira; tocad la trompeta en el nuevo mes, en el plenilunio, nuestra fiesta. Sal., 81, 2-4.

Este último texto es particularmente interesante porque asocia el tema real de las trompetas y los clamores a la fiesta del Año Nuevo e incluso a todas las neomenias. Y así el rito de los clamores del primer día del séptimo mes no es ya un simple rito que tiene por objeto regular el tiempo, sino una manera de afirmar la realeza de Yahvé sobre ese tiempo. En esto consistirá la espiritualización del día de los clamores emprendida por Israel: en hacer que el día del Año Nuevo signifique la entronización de Yahvé, ante quien huyen todos los enemigos como huían los adversarios ante el arca de la alianza.

2. EL ANUNCIO DEL NUEVO EÓN

El Nuevo Testamento ha mostrado más respeto por el "día de los clamores" que por los demás días de neomenias. Tal actitud merece que nos detengamos a examinar sus factores.

Un primer testimonio es el de San Lucas, quien advierte estos "clamores" en la entrada triunfal de Cristo en Jerusalén

Ya se acercaban a la bajada del monte de los Olivos cuando, en su alegría, toda la muchedumbre de los discípulos comenzó a alabar a Dios con fuertes voces por todos los milagros que habían visto. Lc., 19, 37.

Ya veremos, en el párrafo siguiente, cómo esta entrada de Cristo en Jerusalén fue, tanto para él como para sus discípulos, una verdadera celebración de la fiesta del séptimo mes: los clamores del gentío responden claramente a los clamores de la liturgia del Año Nuevo para anunciar la inauguración del año entrante, un año que no se renovará, que no tendrá fin, un año de gracia del Señor que desembocará directamente en la eternidad. De este modo, el auténtico Año-Nuevo-cristiano no es el ciclo regular de doce meses: nosotros estamos fuera del ritmo cíclico de la creación.

Nuestro nuevo año comienza con la presencia en la tierra del primogénito de toda criatura, que siembra entre nosotros su semilla de eternidad e inmortalidad.

Por eso, ya no resuenan los "clamores" en la liturgia de la Iglesia.

Resonarán de nuevo, sin embargo, cuando el Año Nuevo de la economía divina y eterna desemboque realmente, plenamente, en el "Día del Señor". Las "trompetas" y los "clamores" tienen gran relieve en la apocalíptica inaugural de la eternidad:

Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, la luna perderá su resplandor, las estrellas caerán del cielo y las potencias de los cielos se tambalearán. Y entonces aparecerá en el cielo, la señal del Hijo del hombre... Él enviará a sus ángeles con una trompeta sonora para reunir a sus elegidos de los cuatro Puntos del horizonte, de un extremo del cielo hasta el otro. Mt., 24, 29-31.

Subrayemos en este texto la manifiesta alusión a la caducidad de los "elementos del mundo" que proporcionaban materia para la

celebración de las neomenias y del Año Nuevo antiguos: sol, luna y estrellas perderán su luz. Pero con ellos no desaparecen las trompetas, sino que convocan a los elegidos para la inauguración de un nuevo año sin fin.

La "trompeta" tendrá a su cargo anunciar el día del Señor:

Porque él mismo, el Señor, a la señal dada por la voz del arcángel y la trompeta de Dios, descenderá del cielo... En cuanto al tiempo y a las circunstancias, no necesitáis, hermanos, que os escriba. Vosotros sabéis perfectamente que el Día del Señor llega como un ladrón en plena noche... 1 Tés., 4, 16-5, 2.

San Juan anticipa una descripción muy minuciosa de la fiesta de los clamores que precederá a la inauguración de la eternidad. El vidente oye el anuncio de siete trompetas (Ap., 8-11), y el sonido de la séptima es seguido del clamor de los elegidos:

Y el séptimo ángel tocó... Entonces, en el cielo, unas voces clamaron: "La realeza del mundo ha sido ganada para el Señor y para su Cristo; él reinará por los siglos de los siglos"... Entonces se abrió el Templo de Dios, en el cielo, y apareció su arca de la alianza, en el Templo; luego hubo relámpagos y truenos. Ap., 11, 15-19.

Así pues, la antigua teru'a que acompañaba al arca aparece nuevamente descrita en torno al arca nueva, presente en el cielo, acompañada de truenos y de toques de trompeta: el Año Nuevo definitivo ha comenzado y nunca terminará.

Esto significa que, en el Nuevo Testamento, asistimos no a una simple proscripción de la fiesta del Año Nuevo, sino a su desplazamiento hasta la era escatológica. No celebramos el Año Nuevo, porque al cristiano, liberado de los elementos del mundo, no le interesa el ritmo regular de los años y porque la Iglesia pertenece ya a un Año que no tiene fin. No obstante, se celebrará una vez más el "día de los clamores" cuando, no sólo en esperanza, sino en plena luz y en totalidad, se inaugure definitivamente el Año Nuevo eterno. Entonces serán necesarios nuestros clamores para derrumbar los muros de la Jericó del mal y proclamar, en torno al Arca de la Alianza, la entronización eterna del Señor.

Hay, pues, algunas fiestas que no han sido totalmente suprimidas, sino que, en cierto modo, están en suspenso hasta que su nuevo objeto, totalmente espiritualizado, se haga definitivamente real. Según esto, la fiesta judía sirve de elemento básico para la elaboración de la escatología cristiana.

D.-LA FIESTA DE LA RECOLECCIÓN O FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS

1. PRELIMINARES

Las fiestas que primitivamente pertenecían a lo que hemos llamado el ritmo astronómico no han pasado al cristianismo, a pesar de los esfuerzos de espiritualización llevados a cabo por la religión judía.

Si una de ellas, la del Año Nuevo, no ha sido totalmente rechazada por el Nuevo Testamento a causa de su simbolismo escatológico, tampoco se halla ausente de la liturgia cristiana.

Vamos a examinar ahora las tres fiestas de tipo agrícola: la fiesta de la recolección en el séptimo mes y las dos de ofrenda de las gavillas en los meses primero y tercero. Los resultados serán más positivos, ya que dos de esas tres fiestas figuran en el calendario cristiano, si bien a costa de una profunda espiritualización.

Precisamente, lo que intentaremos determinar son las leyes de esa espiritualización: ¿a qué se debe que una fiesta humana pueda llegar a ser cristiana? Si las fiestas astronómicas no han hallado cabida en un calendario de hombres liberados del ritmo de la creación, ¿que se requiere para que unas fiestas nacidas del trabajo agrícola puedan merecer su incorporación a un calendario cristiano? ¿Por qué una fiesta agrícola concreta, como la de la recolección, no ha sido incorporada, mientras que si lo han sido otras fiestas análogas?

Quizá nos sea posible, después de precisar esas leyes, decir lo que debería ser una catequesis de nuestras fiestas y de nuestros ritos para que estos aparecieran realmente en su formalidad cristiana específica. Sin duda, también nos será posible determinar el tipo de cultura -agrícola, nómada, obrera, burguesa, etc- incorporada por el rito y descubrir las razones de ello. Podremos, en fin, a propósito de cualquier rito humano de nuestros días, ver la manera de trasladarlo, si llega el caso, a una esfera cristiana; y, de todos modos, podremos ver la serie de pruebas que debería superar para merecer esa consagración.

2. DE LO AGRÍCOLA A LO NÓMADA

La fiesta de la recolección de los frutos y de la vendimia existe en Canaán, el séptimo mes del año, ya para la época en que los judíos se instalan en la región. Las poblaciones autóctonas han adoptado un estilo de vida sedentario y agrícola, mientras que los judíos se encuentran todavía prácticamente, en el estadio nómada.

Poseemos dos descripciones de la fiesta de la recolección en los momentos de la invasión judía. Parece ser -al menos en el primer caso- que se trata de fiestas propias de Canaán, no celebradas aún por los judíos: está claro, si tenemos en cuenta que la fiesta es de inspiración agrícola y que los judíos acaban de salir de su nomadismo. En todo caso, es significativo que los judíos aprovechen estas fiestas cananeas para atacar a las poblaciones que las celebran. Señal de que ellos se consideran ajenos a esas fiestas, sin duda porque no les recuerdan la espiritualidad del desierto. Pero dejemos hablar a los textos:

Para burlarse de él (de Abimelek), los notables (cananeos) de Siquem colocaron emboscadas en lo alto de los montes y desvalijaron a quienes pasaban cerca de ellos por el camino. Se lo dijeron a Abimelek. Gaal, hijo de Obed, llegó a Siquem en compañía de sus hermanos y ganó la confianza de los notables de Siquem.

Estos salieron al campo para vendimiar sus viñas: pisaron la uva, organizaron festejos y entraron en el templo de su dios. Allí comieron y bebieron y maldijeron a Abimelek... Al día siguiente, salió el pueblo al campo, y Abimelek fue informado de ello. Tomó a su gente, la dividió en tres grupos y se emboscó en los campos.

Cuando vio que el pueblo salía de la ciudad, cayó sobre ellos y los hizo trizas... Tomando luego en su mano un hacha, cortó una rama de árbol, la levantó y se la cargó al hombro diciendo a los que le acompañaban: "Lo que me habéis visto hacer, hacedlo vosotros".

Entonces todos se pusieron a cortar cada uno una rama, echaron a andar tras Abimelek y, amontonando las ramas junto al escondite (donde estaban ocultos los notables de Siquem), les prendieron fuego contra los que allí se hallaban. /Jc/09/25-49.

El pasaje no necesita muchos comentarios. Los siquemitas se hallan ocupados en la vendimia y pasan unos días de regocijo.

Vemos aquí la mayoría de los elementos que constituyen la fiesta pagana de la recolección: diversiones, banquetes sagrados, estancia en el campo. Sólo falta la mención de las cabañas

provisionales levantadas para tal circunstancia. Incluso se alude a las ramas de árbol cortadas que, seguramente, había que agitar durante la fiesta, ceremonia que parodia el rey Abimelek para ruina de sus enemigos. El episodio nos hace pensar que los judíos no celebran todavía esta fiesta, puesto que la aprovechan para caer sobre los participantes, parodiando en son de guerra uno de sus ritos esenciales: cortar y trasladar ramas de árbol. El segundo pasaje del Libro de los jueces es también explícito.

Los benjaminitas acaban de ser derrotados por las demás tribus, debido a que habían mostrado su particularismo sectario en el seno de la confederación tribal. Resultado de tal derrota es que sus hijas han sido raptadas o asesinadas por los otros judíos y que las tribus han jurado no darles sus propias hijas en matrimonio. Por tanto, los benjaminitas han de hallar un medio de procurarse mujeres fuera de las otras tribus. He aquí la artimaña de que se valen para lograrlo:

Está cerca, dijeron (los miembros de las otras tribus), la fiesta de Yahvé que se celebra cada año en Silo. Y dieron a los benjaminitas esta orden: "Id y emboscaos en las viñas. Estad alerta y, cuando las hijas de Silo salgan a bailar en coro, salid vosotros de entre las viñas, llevaos cada uno a una de las hijas de Silo y marchad a tierra de Benjamín"... Así hicieron los benjaminitas y, de entre las bailarinas que se hablan llevado, tomaron un número de mujeres igual al suyo, después se marcharon, volvieron a su heredad, reconstruyeron sus ciudades y habitaron en ellas. Jc, 21, 19-23.

Los judíos emplean el mismo procedimiento que en Siquem: aprovechan la fiesta de los habitantes de Silo (la alusión a las viñas hace suponer que se trata de la fiesta de la vendimia) y un rito particular de la fiesta -los bailes de las muchachas- para caer sobre sus enemigos, probablemente demasiado cargados de bebidas y cansados de banquetes para poder reaccionar inmediatamente.

Aquí también cabe pensar que ¡no todos los judíos celebraban esta fiesta de tipo agrícola, que no tenía aún razón de ser en su vida cultural.

Pero Israel no tardará mucho en incluir esta fiesta en el calendario del pueblo. Ello tendrá lugar a partir del momento en que los hebreos comiencen a tomar posesión de las tierras y a cultivarlas después de haber expulsado a los primitivos ocupantes.

De hecho, los dos textos legislativos más antiguos de Israel mencionan la fiesta de la recolección entre las fiestas del calendario judío. Se celebra en el séptimo mes, de acuerdo con la costumbre recibida de los paganos.

Tres veces al año guardarás fiesta en mi honor. Observarás la fiesta de los ácidos... Observarás también la fiesta de la siega..., así como la fiesta de la recolección, a fin de año, cuando recojas de los campos el fruto de tus fatigas. Ex.,23, 14-16.

La fiesta de la recolección se celebraba, por tanto, a fines de año. Nuestro mes de septiembre era por entonces el primer mes del año, y era al principio de este mes o al final del anterior cuando debía de tener lugar dicha fiesta. Los textos ulteriores serán mas precisos al fijarla definitivamente el día decimoquinto del séptimo mes.

La misma perspectiva se encuentra en un antiguo texto yahvista donde la fiesta lleva todavía su viejo nombre pagano y agrícola de "fiesta de la Recolección":

Celebrarás la fiesta de las... primicias de la siega del trigo y la fiesta de la Recolección, al fin del año. Ex., 34, 22.

¿Quiere esto decir que los hebreos aceptaron el aspecto agrícola de la fiesta? Es posible que los hebreos se contentaran en un principio con adoptar pura y simplemente la fiesta agrícola. Pero poco a poco se irá perfilando en el pueblo una reacción que transformará la fiesta agrícola en fiesta nómada. A partir del Deuteronomio, la transformación es un hecho consumado.

La costumbre agrícola pagana disponía que al tiempo de la vendimia el pueblo habitara en cabañas provisionales. Era una costumbre corriente que no tendría otro sentido particular sino el de facilitar el trabajo permitiendo a los viñadores permanecer en el campo de operaciones. Los dos antiguos relatos de los Jueces ni siquiera aluden a tal costumbre, -ni en Siquem, ni en Silo. Tal vez no se hallaba generalizada, o su sentido era por aquel entonces tan corriente y funcional que no merecía la pena mencionarla. El hecho es que esas cabañas van a proporcionar a los hebreos la ocasión para una primera espiritualización de la fiesta: llegarán a ser, en el Deuteronomio, el símbolo de las tiendas en que el pueblo habitó durante su estancia nómada en el desierto. La importancia de este rito de las cabañas aumenta hasta el punto de que la solemnidad perderá su nombre agrícola de "fiesta de la recolección" para tomar el nombre nómada de "fiesta de las cabañas" o "fiesta de las tiendas" (o, como solemos decir, "fiesta de los tabernáculos").

Celebrarás la fiesta de los tabernáculos durante siete días, cuando recojas el producto de tu era y de tu lagar. Te regocijarás en la fiesta tú, tu hijo, tu hija, tu siervo y tu sierva, el levita y el extranjero, el huérfano y la viuda establecidos en la ciudad. Durante siete días harás fiesta a Yahvé tu Dios en el lugar escogido por Yahvé; porque Yahvé, tu Dios, te bendecirá en todas tus cosechas y en todas tus faenas, para que permanezcas lleno de alegría. Dt., 16, 13-16.

Es claro que el conjunto de este pasaje está todavía orientado hacia el contenido de la antigua fiesta agrícola: producto de la era y del lagar, regocijo común, etc. La única modificación es que ha cambiado el nombre de la fiesta.

La razón última de tal cambio aparece en una adición al calendario del Levítico:

Habitaréis siete días en cabañas. Todos los habitantes de Israel habitarán en cabañas, para que sepan vuestros descendientes que yo hice habitar en cabañas a los hijos de Israel cuando los saqué del país de

Egipto. Lv.23, 41-43.

Hemos tenido ocasión de indicar, a propósito de las fiestas del mundo pagano, la fusión verificada entre las fiestas nómadas y las agrícolas. En el mundo judío, por el contrario, no se trata, propiamente hablando, de una fusión, sino de una transformación de un rito agrícola en nómada. Ya tendremos ocasión de señalar otras transformaciones de este tipo, manifiestamente intencionadas.

Incluso llegaremos a la conclusión de que, prácticamente, en el mundo judío, no se mantuvo con su sentido agrícola ningún rito de origen agrícola. Esto quiere decir que la liturgia judía (y luego la cristiana) no asume necesariamente los ritos de una cultura dada.

Sería vano pretender que la liturgia asumiera todas las civilizaciones y todas las culturas. Por el contrario, da testimonio de una cultura concreta, que es preferida a todas las demás: la cultura nómada, recuerdo de la estancia en el desierto, signo del estado pascual del pueblo de Dios en marcha hacia el reino. La liturgia no congrega gentes ya instaladas en la tierra, como el agricultor que está clavado a su terruño, sino nómadas en perpetuo ir y venir, en perpetua expectación, siempre insatisfechos de las condiciones terrenas. Y si algunos ritos nacidos en otras culturas, como la agrícola, han sobrevivido en la liturgia judía y después en la cristiana, no ha sido por su sentido propio, sino por ciertas características nómadas que les fueron sobreañadidas.

Vemos, pues, que la primera forma de espiritualización de la fiesta de la recolección consiste en hacerla pasar del plano agrícola al nómada. Pero simultáneamente tiene lugar otra transformación, también muy significativa: de ella hablamos en el párrafo siguiente.

3. DE LO NATURALISTA A LO HISTÓRICO

La espiritualización llevada a cabo por el movimiento deuteronomista tiene otro sentido, cuya repercusión en la evolución posterior de la liturgia es particularmente importante. Eligiendo entre los diferentes ritos de la fiesta de la recolección el que le parece más interesante para su propósito, el movimiento deuteronomista añade al significado primitivo de las cabañas un nuevo significado en relación con la historia del pueblo:

Para que sepan vuestros descendientes que yo hice habitar en cabañas a los hijos de Israel cuando los saqué del país de Egipto. Lv., 23, 43.

Así pues, por primera vez en la historia de la liturgia judía, un rito de origen naturalista pierde este significado para expresar en lo sucesivo un hecho histórico. La fiesta no simboliza ya el ritmo de la naturaleza, sino el ritmo de la historia, de una historia guiada por la mano de Dios. Es la primera vez que un rito resume en sí no una simple determinante de la naturaleza, sino un acto libre y gratuito de Dios. La norma de los ritos y las fiestas litúrgicas no es ya el ritmo de la creación, sino la voluntad de Dios y sus intervenciones en el mundo. Tal espiritualización es importante, puesto que transforma la esencia misma del culto, el cual ya no es ante todo un acto religioso del hombre con ocasión de un acontecimiento natural, sino un resumen de un acto de Dios que el hombre conmemora y, en cierto modo, renueva. Gracias a este salto al plano histórico, del cual encontraremos pronto más ejemplos, Dios pasa a primer término, puesto que El dirige la historia, y el hebreo que celebra la fiesta se beneficia a su vez del acontecimiento histórico de antaño.

Esta referencia de la fiesta a la estancia en el desierto hará desaparecer progresivamente el aspecto agrícola primitivo, sustituyéndolo por un aspecto nuevo de recordatorio del desierto.

Uno de los efectos de esta espiritualización será desarrollar, en la fiesta de los Tabernáculos, el elemento de renovación de la alianza del desierto. Si se habita en cabañas para recordar la estancia en el desierto, ¿no se hace esto, en último término, para renovar la alianza con Dios y la fidelidad, continuamente comprometida, a su plan? Precisamente en las páginas del Deuteronomio, a cuyo influjo se debe la espiritualización de la fiesta, hallamos los documentos que nos informan sobre esa renovación de la Alianza.

Cada siete años, tiempo fijado para el año de remisión, en la fiesta de los Tabernáculos, en el momento en que todo Israel acuda a presentarse ante Yahvé tu Dios, en el lugar que El elija, tú pronunciarás esta ley a los oídos de todo Israel. Dt., 31, 9-13.

Y no es imposible que el Deuteronomio nos haya transmitido el propio texto litúrgico de esta proclamación de la ley, en forma litánica, interrumpida a cada artículo por la ratificación del pueblo:

Maldito sea el hombre que fabrica un ídolo esculpido o fundido, abominación ante Yahvé, obra de manos de artesano, y la coloca en un lugar escondido.

-Y todo el pueblo responderá y dirá: Amén

Maldito sea quien trata indignamente a su Padre o a su madre.

-Y todo el pueblo dirá: Amén.

Maldito sea el hombre que desplaza la linde de su prójimo.

-Y todo el pueblo dirá: Amén.

Maldito sea quien extravía a un ciego del camino.

-Y todo el pueblo dirá: Amén.

Maldito sea quien desprecia el derecho del extranjero, del huérfano o de la viuda.

-Y todo el pueblo dirá: Amén.

Etc., etc. Dt., 27, 15-26.

Más tarde el tema de la renovación de la Ley se desplazará en favor de la fiesta de Pentecostés, imprimiendo a ésta una alusión a la estancia en el desierto que hasta entonces no había tenido. Pero esto será el tema de otro párrafo.

Un nuevo ejemplo del paso de lo naturalista a lo histórico se verifica, en las leyendas del judaísmo, a propósito de otro rito de la fiesta del séptimo mes: las libaciones de agua. Ya hemos visto que se trataba, probablemente, de un viejo rito pagano que invocaba la fecundidad de la tierra por el don de la lluvia: se derramaba en el suelo agua recogida de una fuente para suplicar la fecundidad durante todo el año. Es, sin duda, un rito agrícola, y los hebreos debieron de adoptarlo como tal. Pero en el judaísmo se opera una transformación del contenido. El tratado Sukka (las tiendas, los tabernáculos) del Talmud es particularmente rico en detalles a este respecto: se iba procesionalmente a buscar el agua a la fuente de Siloé, se llevaba al Templo y se la derramaba sobre el altar y sobre el suelo, pidiendo la fecundidad para el año. Pero, precisamente en aquel suelo del Templo, asomaba la desnuda roca del monte Sión. Entonces se formó una leyenda en torno a esta roca: era la roca del desierto, la que acompañó al pueblo en su periplo del desierto para proporcionarle regularmente agua viva. Un eco sorprendente de semejante leyenda lo tenemos en San Pablo:

Bebían, en efecto, de una roca espiritual que los acompañaba, y esa roca era Cristo. 1 Cor., 10, 4.

Según esto, en el momento en que se derramaba el agua sobre el suelo del Templo, se daba lectura al milagro de la roca de agua viva: las libaciones venían a ser como una repetición del milagro del desierto; el hecho histórico se sobreponga al significado natural de la fecundidad, y la alusión a la experiencia nómada tomaba la delantera al rito agrícola. Siguiendo por este camino, numerosos exegetas han querido ver una espiritualización semejante en otros temas secundarios de la fiesta, como la nube, la montaña, etc.

Tener en cuenta esos datos menores sería intentar una aventura demasiado larga. Bástenos aquí haber señalado que el culto judío no hizo sincretismo al apropiarse algunas fiestas paganas, sino que, por el contrario, las incorporó a su propia experiencia de Dios en el acontecimiento del desierto.

4. DE LO HISTÓRICO A LO ESCATOLÓGICO

El recuerdo de los antiguos acontecimientos del desierto se iba desdibujando en el pueblo a medida que los hechos se iban alejando en el tiempo y resultaban insuficientes para explicar un presente catastrófico, sometido al pecado y la persecución.

Se asiste entonces al nacimiento de una corriente profética que devolverá su interés a los acontecimientos del desierto a base de proyectarlos hacia un cercano futuro escatológico. Las fiestas que hasta entonces habían celebrado el recuerdo de los grandes episodios del desierto, en lo sucesivo significarían, por encima del recuerdo del pasado, la esperanza de que en el futuro tendrían lugar unos episodios semejantes, que constituirían una liberación más completa que la antigua. No es extraño, por tanto, que los ritos de la fiesta del séptimo mes sean "repensados" en función de la nueva situación que se prepara en la escatología. La fiesta se convierte entonces en una especie de ensayo general, por medio de los ritos, de lo que será la inauguración de la era mesiánica. Lo comprenderemos rápidamente al ver qué dicen del simbolismo de cada uno de los ritos los autores posteriores al destierro.

El rito de las libaciones de agua, como acabamos de ver, nació en un contexto agrícola. La prehistoria de este rito consistió quizá en una fiesta de otoño que celebraba la primera lluvia y que se unió después a la fiesta de los Tabernáculos. Pero el rito se desarrolló más tarde en el contexto de la estancia en el desierto. Y posteriormente el Segundo Isaias anuncia que tendrá lugar una nueva estancia en el desierto, durante la cual brotarán fuentes de agua viva en la estepa para saciar de felicidad al pueblo en marcha:

Sobre los montes pelados haré brotar ríos y fuentes en medio de los valles.

Transformaré el desierto en estanque y la tierra seca en corriente de agua.

En el desierto pondré cedros, acacias, mirtos y olivos.

En la estepa plantaré enebros, plátanos y cipreses juntamente Is., 41, 18-19.

No es extraño, pues, que los comentaristas hebreos de la ceremonia de los tabernáculos vean en el rito de las libaciones no sólo la antigua roca de agua, sino también la promesa de las aguas vivas que serán derramadas en la era mesiánica. El paso definitivo se da con Ezequiel y, más tarde, con Zacarías. Es significativa la visión de la era mesiánica que presenta Ezequiel al meditar sobre el rito de las libaciones de agua en la fiesta de los tabernáculos:

Me llevó (el ángel) a la entrada del Templo, y vi que salía agua de debajo del umbral del Templo hacia el Oriente, porque el Templo estaba vuelto hacia el Oriente. El agua descendía por debajo del lado derecho del Templo, al mediodía del altar... El hambre se alejó hacia el Oriente con el cordel que llevaba en la mano midió y mil codos; entonces me hizo atravesar el curso de agua: me llegaba el agua a los tobillos. Midió otros mil y el agua me llegaba a la cintura.

Midió otros mil: aquello era un torrente que yo no podía atravesar, porque el agua había crecido hasta convertirse en río, un río infranqueable... Me llevó y luego me trajo de nuevo a la ribera del torrente. Y, cuando volví, observé que había muchos árboles en ambas riberas. Me dijo: "Estas aguas van hacia el distrito oriental, descienden al Arabá y se encaminan al mar; desembocan en el mar, de suerte que las aguas de éste se tornan saludables. Por donde pase el torrente, todo ser viviente que lo habita, vivirá.

La pesca será muy abundante, porque estas aguas van sanando por donde pasan y la vida se desarrolla por donde va el torrente... Ez., 47, 1-10.

Así, pues, el pequeño rito de libación del agua sobre el altar llega a suscitar el nacimiento de un río paradisiaco que irá sembrando vida por donde pase y será incluso capaz de sanear el agua del mar. El río llevará en su seno una extraordinaria abundancia de peces (cosa que los apóstoles comprobarán en la pesca milagrosa) y hará nacer una infinidad de árboles de vida.

Podríamos decir que el tema agrícola subyace todavía a esta descripción, pero es evidente que, incluso para Ezequiel, ese tema agrícola no pasa de ser un símbolo: el signo de una realidad más profunda, de la nueva economía en la que el Espíritu Santo derramará copiosamente el agua de su gracia.

Veamos ahora la reflexión del Segundo Zacarías sobre el mismo tema:

En aquel día no habrá frío ni helada. Será un día maravilloso -¡Yahvé lo conoce!- sin sucesión de día y noche: de noche habrá claridad. En aquel día saldrán de Jerusalén aguas vivas, la mitad hacia el mar oriental, la mitad hacia el mar occidental; en invierno como en verano permanecerán vivas. Y Yahvé será rey de toda la tierra. En aquel día Yahvé será único y su nombre único... Todos los supervivientes de las naciones que hayan marchado contra Jerusalén subirán año tras año a prosternarse ante Yahvé Sebaot y celebrar la fiesta de los Tabernáculos. Zac., 14, 6-16.

Si bien Zacarías repite el tema de la meditación de Ezequiel, subraya mejor su simbolismo asociando las aguas vivas al reconocimiento universal de la realeza de Yahvé. La fiesta del séptimo mes, en cuanto fiesta del Año Nuevo, era ya en el mundo pagano una fiesta de entronización de la divinidad. Ahora las aguas vivas descienden sobre todas las naciones en forma de gracias, asegurando así la realeza de Yahvé entronizado sobre todo el universo. Este tema del agua escatológica tomaba un sentido especial en el pueblo judío, testigo diario de la esterilidad del mar Muerto, en cuyo seno es imposible la vida para los peces. La causa de esa esterilidad está en el pecado de Sodoma y Gomorra; la difusión de la vida será obra de las aguas derramadas sobre Jerusalén. De este modo, el rito del agua permanece fiel a su contenido de "fecundidad" que representaba en el plano humano; pero ahora se trata de una fecundidad que es la misma vida de Dios comunicada en los últimos tiempos.

El rito de los nuevos frutos y de los ramajes experimenta la misma "relectura" escatológica. Hemos visto aparecer este rito de los ramajes en la parodia sacrílega que representó Abimelek para conseguir acabar más fácilmente con los notables de Siquem (Jc, 9). Pero, una vez que el pueblo judío haya adoptado la fiesta del séptimo mes, la ceremonia de cortar ramas y su participación en las procesiones será un elemento importante de la liturgia: Celebraron con regocijo ocho días de fiesta al modo de la fiesta de los Tabernáculos... Por eso, llevando tirso, ramas verdes y palmas, cantaron himnos a quien había hecho posible la purificación de su lugar santo. 2 Mac., 10, 7. Este rito, como todos los de la fiesta, será objeto de una espiritualización histórica, cuando las ramas así cortadas se empleen para la construcción de cabañas que evoquen la estancia en el desierto:

Encontraron escrito en la Ley que Yahvé había mandado por medio de Moisés: "Los hijos de Israel habitarán en cabañas durante la fiesta del séptimo mes". Tan pronto como lo supieron, hicieron pregonar en todas sus ciudades y en Jerusalén: "Id a la montaña y recoged ramas de olivo, de pino, de mirto, de palmera y de otros árboles frondosos, para hacer cabañas, como está escrito...". Neh., 8, 14-16.

Pero el rito terminará por representar el aspecto escatológico y paradisiaco. Ya hemos visto cómo Ezequiel describe los árboles de vida plantados a orillas del río de las aguas vivas; Isaías, por su parte, había anunciado que hasta en el desierto, gracias al agua viva derramada, crecería toda clase de árboles frutales

Toda clase de árboles frutales, cuyo follaje, no caerá y cuyos frutos no faltarán; todos los meses darán nuevos frutos... Y los frutos serán alimento y las hojas medicina. Ez., 47, 12.

Ahora, pues, los festejos de la recolección y de la vendimia preconizan el gozo que habrá en la inauguración de la era paradisiaca, ya próxima. A partir de este momento, la literatura bíblica hablará a menudo de recolección y de vendimia para expresar las realidades apocalípticas que nos llevarán a los últimos tiempos.

También el rito de las tiendas o tabernáculos tomará un significado escatológico. Los profetas habían anunciado que se repetiría la estancia en el desierto: día llegaría en que el pueblo volverá a habitar en tiendas, en torno a la Tienda de la reunión, para prepararse a la entrada en la nueva Tierra Prometida:

Yo soy Yahvé, tu Dios, desde la tierra de Egipto. Yo te haré habitar de nuevo en las tiendas como en los días de fiesta; hablaré a los profetas, multiplicaré las visiones. Os., 12, 10.

Esas tiendas que servirán de morada en la era paradisiaca serán un signo de la bienaventuranza escatológica: Entonces el desierto se convertirá en vergel y el vergel se cambiará en gran selva.

En el desierto morará el derecho y la justicia habitará el vergel...

Mi pueblo habitará en morada de paz, en "tiendas" seguras, en moradas tranquilas. Is., 32, 18.

El judaísmo se encargará de desarrollar este tema, que nosotros descubriremos frecuentemente en el Nuevo Testamento. Los justos, pequeño resto reservado para la era escatológica, habitarán en tiendas, y el Mesías mismo habitará entre ellos en una Tienda suntuosa, heredera de la Tienda de Yahvé que fue erigida en medio del pueblo durante su estancia en el desierto (Jn., 1, 14).

El rito de entronización del rey acusa, a su vez, una espiritualización escatológica. Una espiritualización que se verifica especialmente en una época en que no hay rey ni en Judá ni en Israel. El Salmo 118, cuya inspiración es

claramente mesiánica, fue compuesto para una de las procesiones que se celebraban en la fiesta del séptimo mes:

Voces de gozo y salvación en las tiendas de los justos...

¡El que viene sea bendito en el nombre de Yahvé.

Nosotros os bendecimos desde la casa de Yahvé.

Yahvé es Dios, El nos ilumina.

Estrechad las filas, con los ramos en la mano, hasta los cuernos del altar. Salmo 118, 15-27.

Téngase en cuenta la fusión de los diferentes elementos de la fiesta del Año Nuevo y de la fiesta de los Tabernáculos: los "clamores", las "tiendas", las "ramas" y, coronando el conjunto, la invocación al que ha de venir. Conclusión. Si pasáramos del estudio de los textos escriturísticos al estudio de los textos del ritual judío, reuniríamos sin dificultad una colección mucho más amplia. Sin embargo, su interés sería secundario. Tendríamos que cerciorarnos, además, de que ese ritual es anterior al Nuevo Testamento. En todo caso, nosotros no pretendemos ser exhaustivos, sino más bien descubrir el camino por el que el rito humano se dirige hacia su perfección en la liturgia cristiana. Ya sabemos algo sobre este punto: después de una espiritualización que consistió en trasladar a los ritos de la fiesta la experiencia histórica del pueblo en el desierto, asistimos a un nuevo desplazamiento -profético y escatológico en este caso- en virtud del cual los mismos ritos preludian la era mesiánica. Cuando venga el Mesías, fijará su tienda en medio de un pueblo de justos, los cuales habitarán también en tiendas; derramará sobre ellos un agua pura, rebosante de vida y fecundidad nueva y espiritual; y el nuevo pueblo tendrá a su disposición los frutos paradisiacos de justicia y verdad. La fiesta de los Tabernáculos, cuya celebración no se interrumpe, se convierte así en una especie de ensayo general de los acontecimientos futuros, como una ceremonia que pone en estado de alerta al pueblo convocado para la bienaventuranza de los últimos tiempos.

Nos hallamos en vísperas del Nuevo Testamento. El pueblo de Israel ha hecho que la fiesta superase todas las etapas de purificación impuestas por el desarrollo de su propia historia; ha contribuido a purificarla incorporándola primero a su monoteísmo y dándole luego un significado nómada, acentuando los ritos de contenido histórico, cargándolos finalmente de esperanza escatológico. Pero la fiesta ha de superar todavía la prueba del Nuevo Testamento.

5. LA FIESTA ENCUENTRA SU OBJETO REAL EN CRISTO

Los evangelios nos han transmitido dos relatos bastante concretos de la vida de Cristo que parecen haber sido, en los primeros estadios de la catequesis primitiva, unas narraciones referentes a la participación de Cristo en las fiestas del séptimo mes. Pero, por razones que veremos más adelante, las redacciones posteriores suprimieron, sin duda, toda alusión directa a la fiesta de los Tabernáculos, conservando los relatos por sí mismos, sin referencia explícita a la fiesta en cuestión.

El primero de estos relatos es el de la Transfiguración, que parece redactado de suerte que los lectores contemporáneos vieran en él la descripción del ritual de la fiesta de los Tabernáculos realizado en la persona de Cristo. Quizá convenga ver, subyacente al relato, no el ritual de Jerusalén, sino un ritual galileo que parece posible reconstruir sobre bases relativamente sólidas. Observemos los rasgos característicos del pasaje.

Pedro, tomando la palabra, dijo a Jesús: "Señor, ¡qué bien estamos aquí! Si quieres, haré aquí tres tiendas: una para Ti, otra para Moisés y otra para Elías..." Mt., 17, 4.

Parece ser que Pedro, al ver a Cristo transfigurado, ha pensado en la morada del Mesías entre los justos, cuando se establecería en la tienda de los últimos tiempos.

He aquí que una nube luminosa los cubrió con su sombra, y una voz decía desde la nube: ***"Este es mi hijo amado, que tiene toda mi complacencia; escuchadle."*** Mt., 17, 5.

Se siente uno inclinado a ver en esta frase una réplica de la entronización mesiánica contenida en los ritos de la fiesta del Año Nuevo, en la que "el hijo amado" de Dios era el rey-mesías.

Además, los temas de la montaña y de la nube -que apenas si los hemos señalado en nuestros análisis de la fiesta de los Tabernáculos- adquieren, sobre todo en el judaísmo, un papel bastante importante.

De este modo, el cuidado del Señor por transfigurarse ante sus discípulos en el marco concreto de la fiesta de otoño significaría su deseo de presentarse como el objeto mismo de la fiesta de los Tabernáculos.

El segundo pasaje que nos ha conservado la tradición evangélica es todavía más claro. Se trata del relato de la entrada de Cristo en Jerusalén (Mt., 21), muchos de cuyos elementos no hallan suficiente explicación sino en el contexto de la fiesta del séptimo mes. Dejemos a un lado, por el momento, el hecho de que esta subida a Jerusalén aparece actualmente dentro de un contexto pascual, para analizar tan sólo sus elementos internos.

Vemos, en primer lugar, que el cortejo que acompaña al Señor canta el Salmo 118, el salmo tradicional de la fiesta de los Tabernáculos, como lo indica su propio título:

La multitud que iba delante y la que le seguía, gritaba:

¡Hosanna al hijo de David!

¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor! Mt., 21, 9.

San Lucas menciona en especial el "clamor" con que se interpreta este canto: parece ser que tiene interés en aludir a los clamores de la fiesta del Año Nuevo, conexas con la fiesta de los Tabernáculos (Lc., 19, 37).

Para acompañar al que consideran como el Mesías esperado, los judíos cortan ramas:

Entonces la multitud, una gran multitud, extendió sus mantos por el camino; otros cortaban ramas de los árboles y cubrían el camino. Mt., 21, 8.

Tenemos aquí, evidentemente, una acción que cumple las prescripciones previstas por la Ley para la fiesta de los Tabernáculos. Cuesta trabajo pensar que fuera realizada el primer mes del año, en una época en que las ramas lucen sus primeros brotes y se las respeta bastante más.

Hallamos, por otra parte, este tema de los frutos nuevos y las ramas de árbol un poco más adelante, cuando Cristo se acerca a una higuera para probar su fruto y sólo encuentra hojas:

Cuando entraba en la ciudad muy de mañana, sintió hambre. Al ver una higuera junto al camino, se acercó a ella, pero no encontró más que hojas. Entonces dijo: **"Nunca más tendrás fruto". Y al punto la higuera se secó. Mt., 21, 18-19.**

Si este episodio tiene lugar, como quiere la tradición evangélica actual, en torno a la Pascua, es decir, en el mes primero, la acción de Cristo es perfectamente incomprensible, porque debía saber que una higuera no da fruto el primer mes del año. Por su parte, Marcos cree salir del paso advirtiendo concretamente:

Porque no era tiempo de higos. Mc., 11, 13.

En realidad, no comprendemos el episodio si no lo situamos en su marco original: una fiesta de los Tabernáculos, en el séptimo mes, la cual celebra precisamente la recolección de los frutos: entonces cabe esperar que una higuera los tenga. Cristo habría manifestado así su deseo de mostrar el fracaso de la economía judía al no dar los frutos que Dios esperaba de ella. De este modo, aparece la caducidad de la fiesta de los Tabernáculos: la fiesta de la recolección agrícola y de la cosecha escatológica debería haber sido también fiesta de la cosecha de los frutos de sumisión a la Ley y de fidelidad a la alianza, pero en tal aspecto no es sino mentira e hipocresía. A las espiritualizaciones progresivas del Antiguo Testamento les faltaba una profundización moral, cuya presencia habría asegurado la pervivencia de la fiesta y cuya ausencia revela su caducidad.

Hay otro episodio, referido también por los sinópticos, que adquiere un significado nuevo si se lo considera asimismo como una réplica de los ritos de la fiesta de los Tabernáculos. Se trata de los vendedores expulsados del Templo.

Los vendedores tenían un papel particular en la fiesta de los Tabernáculos. Desde hacía siglos, los judíos no llevaban a Jerusalén la parte correspondiente de sus rebaños o de sus cosechas: las peripecias del viaje hacían difícil el cumplimiento de tales prescripciones. Por el contrario, vendían allí mismo, en su pueblo, la parte que pensaban regalar al Templo y lo llevaban consigo -lo cual resultaba, evidentemente, más cómodo- el dinero obtenido de la venta. Una vez llegados a Jerusalén, volvían a transformar el dinero en frutos o en animales destinados a ser ofrecidos en sacrificio. Según esto, Zacarías, en su importante descripción de la fiesta escatológica de los Tabernáculos, dice que ya no habrá necesidad de vendedores en el Templo, porque la abundancia será tal que todo se venderá gratis y hasta los pobres podrán comprar cuanto deseen para ofrecerlo a Dios:

Y toda olla en Jerusalén y en Judea pasará a ser propiedad santa de Yahvé Sebaot; todos los que quieran ofrecer sacrificios, la tomarán y se servirán de ella; y aquel día ya no habrá mercaderes en el templo de Yahvé. Zac. 14, 21.

Al arrojar a los vendedores del Templo, parece que Cristo quiso dar cumplimiento a la profecía de Zacarías y mostrar a la vez que realizaba en sí mismo la fiesta escatológica de los Tabernáculos anunciada por el profeta. No es, por otra parte, imposible que Cristo, al expulsar a los vendedores, quisiera realizar también otro aspecto de la fiesta de los Tabernáculos del cual no hemos tenido todavía ocasión de hablar en detalle: el rito de la expiación. Este rito se remonta al mundo pagano: en vísperas de un nuevo año, el templo debía ser totalmente purificado de todas las inmundicias del año anterior.

¿Acaso Cristo, expulsando a los vendedores, no efectúa una purificación de otro orden, para que la casa de su padre vuelva a ser casa de oración? ¿No es esto una manera de decir que en ese momento comienza un nuevo año, una nueva economía que obliga a rechazar lo que antes había sido hecho?

Una vez trasladados al marco de la fiesta del séptimo mes, la entrada de Cristo en Jerusalén y los hechos que la acompañan adquieren todo su relieve: por fin, se celebra en torno a la persona de Cristo, la verdadera fiesta de los Tabernáculos, esperada para los últimos tiempos. Esos últimos tiempos han comenzado; la fiesta desemboca ahora en su objeto real.

Pero, al mismo tiempo que alcanza su objeto, salta hecha añicos: el episodio de la higuera maldita, el de los vendedores expulsados del Templo, el pobre boato del Mesías cabalgando sobre un borriquillo cuando se le esperaba glorioso y potente, todos estos incidentes imprevistos por el ritual judío subrayan el fracaso de este último. La fiesta se derrumba al tiempo que alcanza su término. La recolección que ella celebraba era una recolección de frutos de maldad, y la institución de los vendedores en el templo había introducido el formalismo. El espíritu estaba ausente de su celebración. En el momento en que logra su objetivo desaparece ahogada por su formalismo.

6. LA FIESTA SE PERSONIFICA

Los dos relatos sinópticos que acabamos de analizar presentan a Jesús como objeto de la fiesta de los Tabernáculos. San Juan, que siempre va más lejos en su reflexión, no verá en Jesús tan sólo el objeto de la fiesta,

sino la fiesta misma. Si la fiesta ha quedado abolida es porque perdura actualmente en la persona de Jesús. Es curioso descubrir esta personificación en un relato de San Juan que refiere la participación de Cristo en una fiesta de los Tabernáculos:

El último día de la fiesta, el día grande, Jesús, de pie, clamó con fuerte voz: 'Si alguien tiene sed, venga a mí y beba, aquel que cree en mí'. Según dice la Escritura: "De su seno manarán ríos de agua viva". Jn 7, 37-38.

Este último día de la fiesta, se organizaba una procesión para ir por agua a la fuente de Siloé y llevarla al Templo, donde era derramada sobre el altar y la roca, en memoria del milagro de la roca de agua viva. Fue probablemente durante aquella procesión cuando Cristo se presentó como la nueva roca de agua viva de cuyo seno manarán ríos de agua viva. Con lo cual aplicaba a su persona lo que hasta entonces pertenecía al rito de la libación. Cristo no es simplemente el objeto de la fiesta, sino que constituye su propio rito.

Recordemos también lo que Cristo había dicho a la samaritana:

Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: "Dame de beber", serías tú quien le pidieses, y él te daría agua viva. ... Quien bebe de este agua tendrá sed de nuevo; pero quien beba del agua que yo le dé no tendrá sed jamás, porque el agua que yo le dé se hará en él fuente de agua que salte hasta la vida eterna. Jn., 4, 10-14.

Se da, pues, una superación de la fiesta por parte de Cristo, el cual asume su objeto y sus ritos en su propia persona. Resulta ya inútil hacer libaciones cuando poseemos en medio de nosotros al que es fuente inagotable de agua viva.

Esta personificación de la fiesta había comenzado a elaborarse -al menos, por lo que se refiere a algunos ritos- ya en el Antiguo Testamento. Tal parece ser, en efecto, lo sucedido con el rito de la expiación, primitivamente relacionado con la fiesta del séptimo mes.

Ya vimos cómo en Sumer purificaban, en esta ocasión, el templo con el cadáver de un cordero. Rito que será extendido por la legislación sacerdotal judía (Lv., 16; 23, 26-32; Nm., 29, 7-11), elaborando el rito de los dos machos cabrios emisarios. Y precisamente mientras los sacerdotes se dedican a redactar ese ritual, el Tercer Isaías se preocupa de personalizarlo presentando al animal emisario de la expiación bajo los rasgos de una persona, el

Siervo doliente que lleva sobre sí todos los sufrimientos y todas las iniquidades del mundo:

Llevaba sobre sí nuestros sufrimientos y cargaba con el peso de nuestros dolores.

Y nosotros le juzgábamos castigado, herido por Dios y humillado.

Fue traspasado por nuestras iniquidades y molido por nuestros delitos. Is., 53, 4-5.

Vemos, en resumen, que aparece una nueva exigencia de espiritualización de los ritos y las fiestas: pueden ser signos de la persona de Cristo. De hecho, la fiesta de los Tabernáculos no llegará a soportar totalmente el misterio de la persona de Cristo.

Por eso, desaparecerá o, al menos, pasará a formar parte de otras fiestas.

7. LA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS SE DILUYE EN LA FIESTA DE PASCUA

En el párrafo siguiente, consagrado a la evolución histórica de la fiesta de Pascua, veremos cómo se va perfilando una evolución -ya a partir del Antiguo Testamento- que trasladará a la Pascua algunos privilegios de la fiesta de los Tabernáculos, hasta arrebatarle su categoría de fiesta del Año Nuevo y su preeminencia sobre las demás fiestas.

Por su parte, la tradición cristiana primitiva parece haber acentuado tal proceso de evolución al trasladar la entrada de Cristo en Jerusalén del séptimo mes al primero para situarla en un contexto pascual.

Esta manera de ver las cosas enlaza con el Antiguo Testamento una línea fundamental en los evangelios. En el Antiguo Testamento se hablaba mucho de siega, vendimia, recolección. El hebreo estaba demasiado ligado a la tierra para poder desinteresarse de los frutos de su trabajo y, cuando los profetas se lanzaron a explicar los últimos tiempos, emplearon muy a menudo los temas de la siega, la recolección y la vendimia. En ese clima pudo vivir y desarrollarse la fiesta del séptimo mes, fiesta de la recolección. En cambio, el evangelio, y Cristo en particular, hablan muy poco de siega y orientan la atención de los oyentes hacia otro tema, desconocido del Antiguo Testamento: el de la semilla y la siembra.

Cabe sospechar qué ha querido decir Cristo al preferir el tema de la semilla: que, antes de segar y recoger los frutos, está la lenta y misteriosa labor de la semilla que muere en la tierra para poder dar fruto, que vive y crece en medio de la cizaña, en continuo peligro de

ser sofocada por ella, y que es depositada en toda clase de terrenos, la mayoría de los cuales la rechazan o no le procuran el humus necesario para su desarrollo. Quien dice cosecha dice

riqueza, fecundidad, potencia; quien dice siembra dice caducidad (el grano de mostaza), muerte, fracaso...

La cosecha llegará, sí, pero antes está la muerte y el lento desarrollo de la semilla, sofocada, rodeada de cizaña.

No se trata de negar la escatología, sino de hacer comprender que ésta no viene sino después de un largo tiempo de Iglesia, lento y paciente, en la gestación penosa de esa escatología tal como comenzó en la muerte de Cristo.

Viendo así las cosas, se comprende que los principales rasgos de la fiesta de los Tabernáculos hayan pasado a la fiesta de Pascua, convertida entretanto, desde un punto de vista cristiano, en la fiesta del grano que muere en la tierra. Por eso, San Juan puede decir que la verdadera roca de agua viva se reveló en el preciso momento en que

el centurión traspasó el costado de Cristo:

Uno de los soldados, con su lanza, le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua. Jn 19, 34.

La misma trasposición presenta el rito de entronización de la entrada en Jerusalén, desplazada del séptimo mes al primero (Mt., 21). Probablemente, el consejo de Cristo a sus apóstoles después de la Transfiguración (que fue una manera de celebrar la fiesta de los Tabernáculos) hay que entenderlo dentro de la misma intención de unir en lo sucesivo este fenómeno con el misterio pascual:

No habléis de esta visión a nadie hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos. Mt., 17, 9.

Otra trasposición la tenemos en el rito de la expiación. Cuando Isaías, como hemos visto, personalizó el rito de la expiación en la persona del Siervo doliente, dejó abierto el camino para una "pascualización" de la fiesta de la expiación.

Última trasposición: el Apocalipsis considera la cruz de Pascua como el árbol de vida preanunciado en la fiesta de los Tabernáculos:

Al vencedor le daré a comer del árbol de la vida colocado en el Paraíso de Dios. Ap., 2, 7.

Como vemos, en el cristianismo primitivo se verifica una fusión de la fiesta de los Tabernáculos en la fiesta de Pascua. Lo cual no quiere decir que pase a segundo plano la dimensión escatológica de nuestra vida: queremos decir tan sólo que esa dimensión no puede expresarse sin tener en cuenta el proceso que se ha de seguir en la adquisición de la vida escatológica, esto es, la muerte, la resurrección y el lento crecimiento de la semilla. La fiesta de los Tabernáculos pierde, por tanto, su prerrogativa de primera fiesta del año litúrgico y de fiesta inaugural del Año Nuevo: en lo sucesivo esta prerrogativa pertenecerá a la Pascua, y toda la catequesis primitiva se esforzó por concentrar en la Pascua las notas reservadas hasta entonces a la fiesta de los Tabernáculos. Si sólo se hubiera dado la Encarnación, habría podido bastar la fiesta de los Tabernáculos: Cristo, en su propia persona, realizaba suficientemente los ritos y símbolos de la fiesta. Pero no hay Encarnación sin Redención. En otros términos, Cristo no puede realizar esos símbolos, si no son capaces de expresar el misterio de la cruz. La tradición cristiana, al "pascualizar" esos símbolos, lo ha comprendido perfectamente; pero con ello da la preeminencia definitiva a la fiesta de Pascua. Comprender el misterio de Cristo es comprender la Cruz y la Resurrección.

8. PERO HABRÁ UNA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS

Mientras la catequesis apostólica concentra la fiesta de los Tabernáculos en la de Pascua, el Apocalipsis describe todavía la próxima celebración de una nueva fiesta de los Tabernáculos:

Después de esto, apareció ante mis ojos una muchedumbre inmensa, imposible de contar, de toda nación, raza, pueblo y lengua; en pie ante el trono y ante el cordero, cubiertos de blancas vestiduras, con palmas en las manos, clamaban con voz fuerte:

"Salud a nuestro Dios, que está sentado en el trono, y al cordero"... Uno de los ancianos tomó entonces la palabra y me dijo: "Estos que visten blancas vestiduras, ¿quienes son y de dónde vienen?" Y yo le respondí: "Señor, eso tú lo sabes". El continuó: "Son los que vienen de la gran prueba: lavaron sus vestiduras y las blanquearon con la sangre del Cordero. Por eso están ante el trono de Dios, sirviéndole día y noche en su templo; y el que está sentado en su trono, extenderá sobre ellos su tienda... El Cordero, que está en medio de ellos, será su pastor y los conducirá a las fuentes de las aguas de vida. Y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos." Ap., 7, 9-17.

Aquí se trata, en realidad, de describir la celebración de una fiesta de los Tabernáculos en el momento de inaugurarse definitivamente los tiempos escatológicos. Por eso, volvemos a encontrar el largo cortejo de toda nación y de toda raza, previsto para la fiesta de los Tabernáculos por el profeta Zacarías:

Todos los supervivientes de las naciones... subirán año tras año a postrarse ante el Rey Yahvé Sebaot y celebrar la fiesta de los Tabernáculos. Zac., 14, 16.

Efectivamente, volvemos a encontrar el tema de la tienda: "El que está sentado en su trono extenderá sobre ellos su tienda". Esa tienda suntuosa, que estaba reservada al Mesías, albergará de ahora en adelante a los justos que con él comparten su mesianidad eterna. También se alude al rito de los clamores: la "voz fuerte" con que los elegidos cantan el "Salud a nuestro Dios". Una vez más se cortan ramas para tomar parte en la fiesta: los elegidos llevan palmas en las manos. Y es posible que el tema de las blancas vestiduras sea también característico de la fiesta del séptimo mes, aun cuando a él no se aluda explícitamente en los libros inspirados.

En consecuencia, la fiesta de los Tabernáculos no ha quedado totalmente abolida: se celebrará cuando la semilla haya concluido su largo camino y esté asegurada la cosecha definitiva. Pero no pasemos por alto el cuidado que pone el autor del Apocalipsis en

hacer depender del misterio pascual esta fiesta escatológica de los Tabernáculos: ¡no olvidemos que los elegidos han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero! Sólo la celebración regular de la Pascua nos da derecho, según esto, a

celebrar un día de nuevo la fiesta de la abundancia y de la vida, en la cual conoceremos por fin al "pastor que nos conduce a las aguas de la vida", para recordar otro tema fundamental de la fiesta del séptimo mes, recordado a su vez en el Apocalipsis.

Este último libro de la Biblia presenta algunas otras alusiones a la fiesta de los Tabernáculos. Nos hemos limitado al pasaje más significativo: el que mejor indica que en nuestro calendario falta una fiesta, pero una fiesta que no

podemos solemnizar hasta que la celebremos en plenitud, en la entronización definitiva del Rey de la eternidad, con las palmas en la mano, perfectamente purificados por la sangre redentora del Cordero pascual.

9. CONCLUSIÓN

En la religión cósmica, la fiesta de la Recolección consiste esencialmente en un recurso del hombre al arquetipo pretemporal que, a su modo de ver, regula el orden del tiempo. Para explicar y abarcar el hecho temporal de la recolección, para estar en buenas relaciones con él, para comprenderlo y aprehenderlo en su ritmo fundamental, para que no se le escape en una crisis incomprensible, el hombre descubre tras él su arquetipo, su mito regulador. Trasciende el ciclo de la naturaleza para remontarse a sus orígenes: relato de la primera creación, cuyo esquema no cesa de reproducirse, hierogamia de los dioses, interpretación del destino, etc. Pero, en este plano, la fiesta no hace al hombre plenamente dueño del hecho de la recolección: existen unas leyes insospechadas e inesperadas que trastornan el orden regular y la transparencia absoluta del arquetipo en el hecho: sequía o lluvia, ruina de la cosecha o incursiones de los enemigos. El hombre intentará entonces adueñarse también de estos acontecimientos imponderables, y la magia será el instrumento para dominar lo fortuito e imprevisto: abluciones de agua como preludio de las lluvias fecundantes, manejos para prevenir el azar, etcétera. Pero la religión cósmica presenta una caducidad fundamental al no poder ir muy lejos por tal camino y tener que reconocer la falta de compenetración entre el hombre y lo fortuito, entre la criatura y lo imprevisible. La fiesta de la recolección no tiene todavía todas las dimensiones de la fiesta verdadera.

En la primera religión revelada, las cosas cambian ya bastante.

Los judíos, por oposición a los miembros de las religiones cósmicas, han tomado la costumbre de tener en cuenta lo inexplicable, lo imprevisible: los judíos tienen un Dios que viene cuando quiere, y viene especialmente en los acontecimientos insólitos como el milagro, imprevisibles como la revelación o gratuitos como la misericordia. El arquetipo por excelencia de tales acontecimientos gratuitos es la estancia en el desierto y la economía que esa estancia revela. En lo sucesivo, sea buena o mala la cosecha, siempre será un "acontecimiento" que podrá comprender el pueblo hebreo, con el cual se hallará plenamente compenetrado porque conocerá su arquetipo: la tentación del desierto y la gratuidad de la elección de Dios. Esto llega hasta el propio ritmo de la creación, considerada por las religiones cósmicas como fatalidad con ocasión de la fiesta de la recolección y que pasa a ser en la religión judía un acontecer gratuito. Sea buena o mala la cosecha, el hebreo sabe que es un acontecimiento que le permite una relectura de los acontecimientos del desierto: si es buena, verá en ella una nueva manifestación de los prodigios del Éxodo y de la fecundación del desierto; si es mala, verá la tentación y la prueba de fidelidad.

Nos equivocáramos, si considerásemos como sutil ejercicio de simbolismo la relectura judía que descubre las tiendas del desierto en las cabañas de la recolección y la legendaria roca de agua viva en las libaciones fecundantes. Tras esas acomodaciones -que quizá

se nos antojen de mal gusto- está la presencia del espíritu de fe, que proporciona al hecho de la recolección una nueva inteligibilidad y suscita las actitudes morales y espirituales acomodadas a esa relectura.

Debemos reconocer que, por lo que se refiere a la fiesta de los Tabernáculos, el pueblo judío no llevó muy lejos el inventarlo de las nuevas actitudes religiosas que iba suscitando para asegurar la nueva compenetración entre el hombre y el acontecimiento: en este

aspecto, habrá otras fiestas más espiritualistas. Será Cristo quien proceda a una relectura en que aparezcan nuevos elementos espirituales. Al tomar parte en la fiesta de los Tabernáculos -cosa que hizo varias veces- Cristo descubrió en ella una nueva

compenetración que era él el primero en experimentar: no sólo la compenetración de su ser con el ritmo de la creación natural, ni sólo la compenetración de su existencia con la del pueblo en el desierto, sino, fundamentalmente, la compenetración de su actitud de espíritu con el objeto de la fiesta. En la fiesta de los Tabernáculos, Cristo se descubrió -por así decirlo- no sólo en absoluta compenetración con su Padre por su sumisión y fidelidad, sino también y sobre todo como creador del orden de cosas celebrado por la fiesta: en ese sentido, es él la roca de agua viva, el rey entronizado, el árbol de frutos maravillosos, el animal de la expiación. Al llegar aquí, el acontecimiento se ha plasmado en una persona cuya conciencia crea y fija el objeto mismo de la fiesta.

En este momento del proceso de espiritualización, sólo Cristo es capaz de celebrar plenamente la fiesta de los Tabernáculos, porque él es el único que puede decirse creador e instaurador del objeto de la fiesta. Pero llegará un tiempo en que participemos nosotros de ese privilegio y los hijos de Dios posean también el poder de crear esas compenetraciones, de ser suficientemente dueños de esos acontecimientos y de su propia libertad para llegar a reunirse con Cristo en ese plano. Entonces se celebrará de nuevo la fiesta de los Tabernáculos, una fiesta eterna que será el objeto de la liturgia celeste: en ella nada escapará a nuestro conocimiento -ni hechos ni libertades- y todo será, por tanto, perfectamente gratuito. Nuestra fiesta de entonces consistirá en estar perfectamente compenetrados con el acontecimiento totalmente gratuito del amor de Dios y del amor de los demás, puesto que tomaremos parte en la creación misma de ese acontecimiento y en su instauración en nuestra conciencia.

THIERRY-MAERTENS FIESTA EN HONOR A YAHVE Cristiandad. Madrid-1964. Págs. 43-106